

Flora estaba en la puerta. Ozil y Santiago se fueron á su lado, en tanto que Misard saludaba muy obsequioso á las señoras y á los caballeros que salían de su casa, recogiendo monedas de plata. ¡Con que por fin cesaba el cautiverio! Pero habían esperado demasiado, y toda aquella gente tiritaba de frío, de hambre y de cansancio.

La señora inglesa se llevó á sus dos hijas medio dormidas; el joven del Havre subió en el mismo coche que la linda morena, muy lánguida, poniéndose á disposición del marido.

Y parecía aquello, en medio de la nieve, sucia y pisoteada, el embarque de una tropa derrotada, atropellándose, abandonándose, perdido hasta el instinto de la limpieza.

En cierto momento, apareció la señora Eufrosia en la ventana del cuarto, detrás de los cristales. La curiosidad la hizo tirarse de su colchón, y arrastrarse hasta allí para mirar con sus grandes ojos de enferma aquella muchedumbre desconocida, aquellos transeuntes del mundo en movimiento, á quienes no volvería á ver nunca, traídos y arrastrados por la tormenta.

Severina fué la última que salió. Volvió la cabeza y sonrió á Santiago, que se inclinó para seguirla hasta su coche. Y Flora, que lo esperaba, se estremeció otra vez viendo aquella tranquila demostración de su ternura.

Con un movimiento brusco se acercó á Ozil, á quien hasta entonces había desdeñado, como si en medio de su odio, sintiese ahora la necesidad de un hombre.

El conductor jefe dió la señal; la Lisón contestó con silbido quejumbroso, y Santiago arrancó para no detenerse hasta Rouen.

Eran las seis; la noche acababa de caer del cielo negro sobre el campo blanco; mas un reflejo pálido, de melancolía horrible, permanecía á nivel del suelo, alumbrando la desolación de aquel país devastado.

Y allí, en aquella claridad indecisa, la casa de la Croix-de-Maufras se erguía oblicuamente, más mísera aún y negra en medio de la nieve, con el letrero «Se vende,» clavado sobre su fachada.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

En París entró el tren en la estación á las diez y cuarenta minutos de la noche. Hubo una parada de veinte minutos en Rouen, para que pudieran comer los viajeros, y Severina se apresuró á enviar un telegrama á su marido, avisándole que volvería al Havre en el exprés del día siguiente por la noche. ¡Toda una noche en brazos de Santiago, la primera que iban á pasar juntos, en un cuarto cerrado, libres por completo, sin temer á ser molestados!

Al salir de Mantes, Pecqueux había tenido una idea. Su mujer, la señora Victoria, estaba en el hospital desde hacía ocho días, por un

grave esguince en un pie, de resultas de una caída; y como él contaba con otra cama donde dormir, según decía guaseándose, se le había ocurrido ofrecer su cuarto á la señora de Roubaud: estaría allí mucho mejor que en alguna fonda, y podría dormir tranquila hasta el día siguiente por la tarde, como en su casa.

En seguida Santiago se dió cuenta del lado práctico del arreglo, tanto más cuanto que no sabía adonde llevar á Severina. Y bajo la marquesina, en medio de la ola de viajeros que por fin llegaban al término de su viaje, cuando se acercó á la máquina, Santiago la aconsejó que aceptara, dándole la llave que el fogonero le había entregado. Pero ella titubeaba, rehusaba, molestada por la sonrisa zumbona de éste, que seguramente sabía lo que pasaba.

—No, no, tengo aquí una prima. Me pondrá un colchón en el suelo.

—Acepte Ud., acepte Ud.—acabó por decir Pecqueux, con su aire de borrachín bien humorado.—¡Ande Ud., que la cama es buena! y grande, pueden dormir allí cuatro.

El maquinista la miraba con tanto afán, que Severina cogió la llave mientras le oía decir en voz muy baja inclinándose hacia ella:

—Espérame.

Severina sólo tuvo que andar un trozo de la calle de Amsterdam hasta penetrar en el callejón sin salida; pero estaba la nieve tan resbaladiza, que hubo de tomar grandes precauciones. En-

contró abierta la puerta de la casa y subió sin ser vista siquiera de la portera, que estaba aborta en una partida de dominó; al llegar al cuarto piso abrió la puerta, cerrándola luego tan despacito, que ningún vecino, seguramente, pudo sospechar nada. Sin embargo, al pasar por el descansillo del tercero, había oído muy bien risas y canciones en casa de los Dauvergne: era sin duda alguna de las recepciones que daban las dos hermanas. Y cuando Severina hubo cerrado la puerta, en medio de las espesas tinieblas del cuarto, escuchaba aún, á través del pavimento, la viva alegría de toda aquella juventud. Durante un momento, la obscuridad le pareció ser absoluta y se estremeció cuando el cuco, en medio de aquella negra soledad, dió las once, con golpes profundos y voz que ella reconocía. Luego sus ojos se acostumbraron á la obscuridad, y fué orientándose hasta encontrar los fósforos sobre el aparador, en un rincón donde recordaba haberlos visto. Más trabajo le costó encontrar una bujía; por fin descubrió un cabo en el fondo del cajón, y al encenderlo, la pieza quedó alumbrada; Severina paseó por el cuarto una rápida ojeada para ver si en efecto estaba sola.

Reconoció en seguida la mesa redonda donde había almorzado con su marido y la cama cubierta de cretona encarnada, al pie de la cual la había tirado al suelo de un puñetazo. Sí, allí era; nada había cambiado desde hacía diez meses que no volvía por el cuarto.

Lentamente se quitó el sombrero Severina; pero al ir á quitarse también el chal, tiritó de frío. Se helaba en aquel cuarto. Junto á la estufa, en un cajoncito, había carbón y astillas, y sin desabrigarse más se le ocurrió encender lumbre; aquello fué una distracción al malestar que primero había sentido. Los arreglos que hacía para una noche de amor y el pensar que estarían bien calentitos los dos, le devolvió la alegría de su escapatoria; ¡hacía tanto tiempo que soñaban con una noche semejante, sin esperanza de conseguir nunca su deseo!

Cuando la estufa quedó bien encendida, se ingenió en otros preparativos; puso las sillas á su gusto, encontró sábanas limpias é hizo de nuevo la cama, con no poco trabajo, por efecto de su anchura. Le contrarió no hallar comida ni bebida en el aparador; sin duda desde hacía tres días que Peequeux era el amo, había barrido hasta las migas. De la luz, sólo quedaba aquel cabito; pero cuando uno se acuesta no necesita gran claridad. Ahora ya tenía calor y se paró en medio del cuarto, dando una ojeada para ver si algo faltaba.

Pero cuando se extrañaba de que Santiago no estuviese allí aún, la atrajo un silbido junto á las ventanas. Era el tren de las once y veinte, que partía para el Havre. Severina vió entonces la zanja que va desde la estación al túnel de Batignolles, cubierta por una capa de nieve en donde sólo se distinguía el abanico formado por los rails. Las máquinas y los vagones de reserva parecían

dormir bajo un manto de armiño. Y entre las vidrieras de las grandes marquesinas y las armaduras del puente de Europa, se veían á pesar de la noche las casas de la calle de Roma, sucias, pintarrajeadas de amarillo, en medio de toda aquella blancura. El tren directo del Havre apareció serpenteando y negruzco, agujereando las tinieblas con su viva llama de su farol delantero; Severina le miró desaparecer debajo del puente, mientras las tres linternas de cola ensangrentaban la nieve. Cuando se volvió al cuarto tuvo un ligero calofrío; ¿estaba verdaderamente sola? habíale parecido sentir un soplo ardiente sobre su nuca, y la mirada ensanchada registró de nuevo la habitación. No había nadie.

¿Qué hacía Santiago para tardar tanto? Pasaron aún diez minutos. Una ligera raspadura, un ruido de uña sobre la madera, inquietó. Comprendió luego y corrió á abrir. Era Santiago con una botella de Málaga y un pastel.

Retozándole la risa en el cuerpo, con un movimiento apasionado de caricia, Severina se colgó á su cuello.

—¡Oh! ¡qué bueno eres! ¡te has acordado!....

Pero él, vivamente, la hizo callar.

—¡Chito, chito!

Entonces bajó la voz, creyendo ser perseguido por la portera. No; había tenido la suerte, á tiempo que iba á llamar, de ver que la puerta se abría para una señora y su hija, que sin duda salían de casa de los Dauvergne y pudo subir sin que nadie lo notara. Desde el descansillo,

vió por una puerta entreabierta á la vendedora de periódicos, que acababa de jabonar un poco de ropa.

—No hagamos ruido. Hablemos bajo.

Severina contestó estrechándole en sus brazos apasionadamente y cubriéndole la cara con sus besos.

—Sí, sí, vas á ver, no nos oirán más que si fuésemos dos ratoncitos.

Y puso la mesa con toda especie de precauciones: dos platos, dos vasos, dos cuchillos, deteniéndose con gana de estallar de risa en cuanto algún objeto colocado bruscamente hacía ruido.

El, que la miraba hacer aquello, divertido también, repuso á media voz:

—Se me ocurrió que tendrías hambre.

—¡Como que me estoy muriendo de necesidad! ¡Comimos tan mal en Rouen!

—Pues si te parece, voy á bajar á buscar un pollo.

—¡Eso no, para que luego no puedas subir!... No, no, basta con el pastel.

Enseguida se sentaron uno junto á otro, casi sobre la misma silla, y repartieron el pastel, comiéndoselo con monerías de enamorados. Se quejaba Severina de la sed y bebió, uno tras otro, dos vasos de Málaga, con lo que se le acabó de subir la sangre á las mejillas. La estufa se ponía roja detrás de ellos y sentían su caluroso aliento. Pero al darle Santiago besos demasiado ruidosos sobre la nuca, ella le llamó al orden á su vez.

—¡Chito, chito!

Le hacía señal de que escuchara, y en medio del silencio oyeron de nuevo en casa de los Dauvergne un acompasado ruido de música: esas señoritas acababan de organizar un baile íntimo. Al lado, la vendedora de periódicos echaba en el sumidero de la escalera el agua de jabón de su palangana. El baile cesó un instante, y ya no se oyó por fuera más que un sordo rodar en la nieve, la salida de un tren, que parecía llorar con ligeros silbidos.

—El tren de Auteuil—murmuró el maquinista.—Las doce menos diez.

Luego, con voz cariñosa, ligero como un soplo, dijo:

—A la camita, querida, ¿quieres?

No contestó, recordando el pasado en su fiebre de felicidad, y á pesar suyo, las horas que había vivido allí con su marido. ¿No era el almuerzo de antaño que se continuaba con aquel pastel, comido sobre la misma mesa, en medio de los mismos ruidos? Una excitación creciente se desprendía de las circunstancias, los recuerdos rebosaban en su mente; nunca había experimentado tan profunda necesidad de decirselo todo á su amante, de entregarse por completo. Era como un deseo físico, el cual no distinguía ella bien del deseo sensual, y parecía que sería más suya, que agotaría la dicha de pertenecerle si se confesaba á su oído en un abrazo. Los hechos se evocaban, su marido estaba allí y volvió Severina la cabeza, imagi-

nándose que acababa de ver su corta mano velluda pasar por encima de su hombro para coger la navaja.

—¡A la camita!—repitió Santiago.

Se estremeció al sentir los labios del joven aplastando los suyos, como si una vez más hubiese querido sellar en su boca aquella confesión. Y muda se levantó, se desnudó rápidamente, deslizándose entre las sábanas, sin levantar siquiera sus enaguas, que se quedaron en el suelo. Tampoco él arregló nada: la mesa continuó como estaba, en tanto que el cabo de vela ardía ya con llama vacilante. Cuando él á su vez se desnudó y se acostó, se estrecharon bruscamente en una posesión furiosa que les ahogó su aliento. En medio del silencio del cuarto, mientras continuaba abajo la música, no hubo un grito, ni un ruido, nada más que un estremecimiento loco de pasión, un espasmo profundo hasta el desmayo.

Santiago no reconocía ya en Severina á la mujer de las primeras citas, tan dulce, tan pasiva, con la limpidez de sus ojos azules. Parecía haberse apasionado más cada día; despertando poco á poco en sus brazos de aquella larga virginidad de que no la habían sacado las caricias seniles de Grandmorin, ni la brutalidad conyugal de Roubaud. La criatura de amor, simplemente dócil antaño, amaba ahora y se entregaba sin reserva, conservando del placer un ardiente agradecimiento. Había llegado hasta sentir una pasión violenta, una adoración por aquel hombre

que le había revelado sus sentidos. Y aquella gran felicidad, la de poseerle por fin libremente, la de tenerle así contra su pecho, enlazándole en sus brazos, era la que acababa de apretar de aquel modo sus dientes, no dejando escapar un suspiro.

Cuando abrieron los ojos, él fué el primero en extrañarse.

—¡Anda, ya se apagó la bujía!

Hizo ella un ligero movimiento, como para decir que le importaba un bledo. Luego, con risa ahogada, añadió:

—¿He sido buena, eh?

—¡Ya lo creo! nadie nos ha oído....

—¡Dos verdaderos ratoncitos!

Así que volvieron á echarse cada uno en su sitio, Severina se apoderó otra vez de él, enlazándole en sus brazos, haciéndose un ovillo contra el joven, y hundiendo la nariz en su cuello, mientras decía suspirando de satisfacción:

—¡Ay, señor! ¡qué bien se está así! Ya no hablaron más. El cuarto estaba á oscuras, apenas si se distinguían los cuadriláteros palidecidos de las dos ventanas; sólo en el techo había un reflejo de la estufa, una mancha redonda y sangrienta. Ambos la miraban con la vista ensanchada.

Los ruidos de música habían cesado, algunas puertas se abrían y se cerraban, toda la casa se entregaba á la paz entumecida del sueño. Abajo, el tren de Caen que llegaba, sacudió las placas giratorias, cuyos choques, muy atenuados por la nieve, apenas se oían.

Mas al tener á Santiago entre sus brazos, Severina se enardeció de nuevo, y con el deseo se despertó en ella la necesidad de confesarlo todo. ¡Hacia tantas semanas que aquella confesión la atormentaba! La mancha redonda en el techo se ensanchaba y extendía como una gota de sangre. Sus ojos se alucinaban al mirarla, las cosas en derredor de la cama tomaban cuerpo y contaban el suceso en voz alta. Sentía que las palabras subían á su garganta con la ola nerviosa que estremecía su carne. ¡Qué dulce sería no tener ya nada oculto, fundiéndose en él por completo!

—No sabes, querido.....

Santiago, cuya mirada no se apartaba de la mancha sangrienta, oía muy bien lo que ella iba á decir. Hasta entonces la había hecho callar, temiendo la sacudida precursora de su antiguo mal, temblando que el hablar de sangre entre ellos cambiase su existencia. Pero esta vez quedaba sin fuerza, hasta para inclinar la cabeza y cerrarle la boca con un beso; tan invadido estaba por una languidez deliciosa en aquella cama tibia, entre los brazos flexibles de aquella mujer. Creyó que era llegado el momento y que todo lo diría Severina. Así es que sintió un alivio en su ansiedad nerviosa cuando pareció turbarse, titubear, y por fin retroceder, diciendo:

—¿No sabes que mi marido sospecha nuestras relaciones?

A pesar suyo, el recuerdo de la noche de an-

tes, en el Havre, era el que salía de sus labios, en lugar de la confesión.

—¿De veras?—murmuró él, incrédulo.—Si está tan amable como antes..... Esta mañana, sin ir más lejos, me ha estrechado aún la mano.

—Te aseguro que lo sabe todo; en este momento nos está viendo así; sabe que nos amamos. Tengo pruebas.

Se calló, estrechándole con más pasión, en un abrazo en que con la felicidad de la posesión se mezclaba algo de rencor. Luego, después de un silencio penoso, exclamó:

—¡Oh! ¡le aborrezco, le aborrezco!

Santiago quedó sorprendido, pues él ningún rencor sentía hacia Roubaud. Parecía, por el contrario, muy acomodaticio el subjefe de estación.

—¡Anda! ¿Y por qué?—preguntó.—No será, me parece, por lo que nos molesta.....

Ella no contestó; pero repitió:

—Le odio..... Ahora sólo el sentirlo á mi lado es un suplicio. ¡Ah, si yo pudiera, cómo me escaparía, cómo me quedaría contigo!

A su vez, conmovido por aquel arranque de ardiente ternura, la atrajo más contra sí, la tuvo contra su carne desde los pies hasta los hombros, toda suya. Pero de nuevo, acurrucada de tal suerte, sin apartar casi los labios pegados al cuello de Santiago, dijo muy bajito:

—Es que no sabes, querido.....

Era la confesión que volvía, fatal, inevitable,

con el deseo vehemente de que la poseyera de nuevo.

Ya no se oía ningún ruido en toda la casa, y hasta la misma vendedora de periódicos dormía sin duda profundamente.

De la estufa no salía un soplo; el fuego acababa de consumirse en brasas, avivando aún la mancha roja del techo. Hacía tanto calor que una niebla espesa y sofocante parecía pesar sobre la cama en donde ambos confundían sus alientos.

—Querido, es que tú no sabes.....

Entonces también él habló, sin poder contenerse.

—Sí, sí, lo sé todo.

—No, quizás sospeches algo, pero no puedes saber nada.

—Sé que hizo eso por la herencia.

—¡Sí, sí, la herencia!

Y muy bajito, tan bajo que un insecto nocturnorozando los cristales habría producido más ruido, contó ella la historia de su infancia en casa del presidente Grandmorin; quiso mentir y no confesar sus relaciones con éste, pero cedió á la necesidad de la franqueza, encontrando un alivio, casi un placer, en decir la verdad.

—Figúrate, era aquí, en este cuarto, en Febrero último, ya recordarás, cuando su jarana con el subprefecto..... Habíamos almorzado, muy cariñosamente, así como nosotros acabamos de cenar, ahí, sobre esa mesa. Claro es que yo no iba á contarle la historia..... Pero una sortija, un antiguo regalo, una tontería, se lo hizo compren-

der todo... ¡Ah, querido mío, no, no puedes figurarte cómo me trató!

Severina se estremecía recordando aquella escena.

—De un puñetazo me tiró al suelo..... Luego me arrastró cogiéndome por los cabellos..... Apoyó su tacón sobre mi cara como si quisiera aplastarla..... ¡Oh! mientras viva lo tendré presente..... Y todavía, menos mal los golpes; ¡pero si yo te repitiese todas las preguntas que me hizo, lo que me obligó á que le contara! Ya ves si soy franca contigo, puesto que te confieso cosas que nada me obliga á decírtelas; sin embargo, nunca me atreveré á darte ni una simple idea de sus asquerosas preguntas, á las que me fué preciso contestar para evitar que me matase de un puñetazo..... Claro es que le causaría acerbo dolor saber todo aquello; y hasta concedo que más decente hubiera sido prevenirle antes del matrimonio. Pero es preciso comprender que la cosa era ya antigua, olvidada. Sólo á un verdadero salvaje pueden ponerle así los celos..... Y tú, querido mío, ¿vas á dejar de quererme porque sabes ya todo eso?

Santiago no se había movido; permaneció como inerte y reflexionando, entre aquellos brazos de mujer que sentía en su cuello y en sus riñones, como nudos de culebras vivas. Quedaba muy sorprendido, nunca había sospechado semejante historia. ¡Cómo se complicaba todo cuando ya el testamento bastaba para explicar las cosas! Además, prefería este giro, pues saber

que el matrimonio no había matado por dinero era una circunstancia que aliviaba á Santiago del desprecio que le turbaba la conciencia, aun cuando se hallaba bajo los besos de Severina.

—Yo no amarte más.... ¿y por qué?... ¡Valiente cosa me importa tu pasado! Son cosas esas que no me importan!... Eres la mujer de Roubaud, bien puedes haber sido la de otro.

Hubo un silencio. Ambos se apretaban hasta ahogarse, y él sentía su pecho redondo, hinchado y duro, sobre el delicado cuerpo de su amada.

—¡Con que has sido la querida de ese viejo! Pues chica, no deja de ser chusco.

Pero ella se arrastró á lo largo de él hasta su boca, balbuceando en un beso:

—Tú eres el único á quien yo amo, nunca he querido á otro..... ¡Oh, los demás, si tú supieses! Con ellos, mira, ni siquiera he sospechado lo que es eso; mientras que tú, querido mío, tú me das tanta felicidad!

Ella le enloquecía con sus caricias, ofreciéndose, deseándole, paseando por su cuerpo sus manos febriles. Y para no ceder enseguida, él, que ardía como ella, tuvo que detenerla, cogiéndola en sus brazos.

—No, no, espera, dentro de un rato..... ¿Y de modo que ese viejo?....

Muy bajito, en una sacudida de su ser, se espontaneó.

—Sí; lo hemos matado.

El calofrío del deseo se perdía en ese otro calofrío de muerta, que ahora la obsesionaba.

Durante un momento Severina quedó ahogada por una sensación indecisa de vértigo. Luego, pegando de nuevo la nariz contra el cuello de su amante, continuó en el mismo levisimo tono de voz:

—Me hizo escribir para que el presidente tomase el tren con nosotros, pero no en el mismo coche..... Yo temblaba en mi rincón, espantada al pensar en la desgracia hacia la cual corríamos. Hallábase, enfrente de mí, una mujer de negro que no hablaba palabra alguna y que me causaba mucho miedo. Ni siquiera la veía, me imaginaba que leía claramente en nuestros cráneos y que sabía muy bien lo que íbamos á hacer..... Así pasaron para nosotros las dos horas de viaje de París á Rouen. No dije una palabra, no me moví; cerré los ojos, para hacer creer que dormía. Sentía á Roubaud á mi lado, inmóvil también, y lo que me espantaba era presentir las cosas terribles que él iría meditando. Mas no me era posible adivinar lo que habría resuelto hacer. ¡Ah, qué viaje, con aquel torbellino de pensamientos, en medio de los silbidos, de los vaivenes y del rugido de las ruedas!

Santiago, cuya boca descansaba sobre la espesa y perfumada cabellera de Severina, acariciaba aquel pelo á cada instante, con prolongados y cariñosos besos.

—Pero puesto que no estábais en el mismo departamento, ¿cómo os las habéis arreglado para matarle?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

—Espera, vas á comprender.....

Ese era el plan de mi marido. Verdad es que si ha logrado su intento, la casualidad es la que así lo ha decidido... En Rouen hay diez minutos de parada.

Nos bajamos y me obligó á seguirle hasta el *coupé* del presidente, como gentes que quieren pasear para desentumecerse las piernas. Y allí Roubaud afectó gran sorpresa al ver al presidente asomado á la portezuela, como su hubiese ignorado que estaba en el tren. En el andén, los viajeros se atropellaban; la gente tomaba por asalto los coches de segunda, á causa de una fiesta que había en el Havre al otro día. Cuando principiaron á cerrar las portezuelas, el presidente mismo fué quien nos dijo subiésemos con él. Yo balbuceaba, hablé de nuestra maleta de mano; pero él insistía, diciendo que ciertamente no nos la robarían, que podríamos volver á nuestro coche en Barentín, puesto que él se quedaba allí. Durante algunos segundos, mi marido, inquieto, pareció querer ir á buscarla. En aquel minuto el conductor silbaba, y Roubaud, decidiéndose, me empujó hacia el *coupé* y subió, cerrando la portezuela y el cristal. ¿Cómo no nos han visto? Es lo que aún hoy no puedo explicarme. Mucha gente corría; á los empleados los volvían tarumba, en una palabra, que ni un testigo ha visto claro. Y el tren, lentamente, salió de la estación. Severina calló algunos instantes, absorta por el recuerdo de aquella escena. Sin darse luego

cuenta, un movimiento nervioso agitaba su muslo izquierdo, y con éste rozaba por vivo movimiento la rodilla del joven.

—¡Ah! ¡qué primer momento para mí aquel, cuando viéndome ya en el *coupé*, sentí que el tren se alejaba! Estaba como aturdida, y sólo me acordé de nuestra maleta: ¿cómo recogerla? ¿no nos denunciaría si la dejábamos allí? Todo aquello me parecía estúpido, imposible, un crimen de pesadilla imaginado por un niño, crimen que no se podía cometer, á menos de estar loco. Al otro día nos encarcelarían y quedaría probado nuestro crimen. Así es que trataba de tranquilizarme, diciéndome que mi marido retrocedería, que el crimen aquel no se cometería, que no podía cometerse. Pero no, sólo con verle hablar al presidente, comprendía yo que su resolución era inquebrantable, feroz. Sin embargo, estaba muy tranquilo, hasta hablaba alegremente, y con naturalidad; y en su mirada, fija sobre mí en ciertos momentos, era donde leía yo la obstinación de su voluntad. Mataría al presidente, pasado que fuera todavía un kilómetro, dos quizás, en el sitio fijado por él en su mente, sitio que yo ignoraba; y era cosa segura, hasta se veía en las ojeadas serenas con que envolvía al que dentro de un rato ya habría quitado la existencia. Yo nada decía, tenía un gran temblor interior que me esforzaba en ocultar, y hasta sonreía cuando me miraban.

Porque entonces, ni se me ocurrió siquiera pensar en impedir todo aquello. Sólo más tarde,

cuando quise darme cuenta, quedé asombrada de mi silencio, pues debí gritar por la portezuela, ó tocar el timbre de alarma: ¿cómo no lo hice? En aquel momento estaba paralizada, me sentía impotente. En verdad que me parecía que mi marido estaba en su derecho; y puesto que todo te lo digo, querido mío, también tengo que confesarte esto: todo mi ser estaba á favor de mi marido contra el otro, porque los dos me habían poseído, y mi marido era el joven, mientras que el otro..... ¡oh! las caricias del otro.....

En fin, que no se sabe: hace uno cosas que parecen imposibles. ¡Figúrate que nunca he podido matar un pollo! ¡Oh! ¡la sensación de noche de tempestad! ¡Ah! ¡aquella espantosa desesperación que bramaba en el fondo de mi ser!

Y aquella mujer, tan fina entre sus brazos, parecía ahora á Santiago impenetrable, sin fondo, de esa profundidad negra de que ella hablaba. Por más que la pegaba contra su carne, no penetraba en ella. Aquel relato de muerte, balbuceado en un abrazo, ponía calenturiento á Santiago.

—Pero dime, ¿le has ayudado á matar al viejo?

—Yo estaba en un rincón—continuó ella sin responder.—Mi marido me separaba del presidente, quien ocupaba el otro rincón. Hablaban de las próximas elecciones..... Por momentos veía yo á mi marido inclinarse, echar una mirada fuera, para darse cuenta del sitio en que está-

bamos, impacientado..... Seguía yo atentamente su mirada y me daba cuenta del camino recorrido. La noche era pálida, las masas negras de los árboles desfilaban furiosamente. ¡Y oía continuamente aquel rugido de las ruedas, como nunca espantoso, y un tumulto de voces rabiosas y dolientes, quejidos lúgubres de animales que aullan á la muerte! El tren corría á todo vapor..... Bruscamente aparecieron muchas luces; y el eco que producía el estruendo del tren hubimos de oirlo repercutido entre los edificios de la estación. Estábamos en Maromme, á dos leguas y media de Rouen. Todavía quedaba Malaunay, y luego Barentín. ¿En dónde le mataría? ¿Esperaría al último minuto? Ya no tenía yo conciencia del tiempo ni de las distancias; me abandonaba, como la piedra que cae, en medio de las tinieblas; cuando al atravesar Malaunay, de repente comprendí: le mataría en el túnel, de allí á un kilómetro..... Me volví hacia mi marido; nuestras miradas se encontraron: sí, en el túnel, dentro de dos minutos..... El tren corría; pasamos el empalme de Dieppe y ví al guarda-agujas en su puesto. Hay allí ribazos, en donde me pareció ver muy distintamente hombres, con los brazos levantados, que nos acosaban con sus injurias. Luego silbó la máquina durante largo rato: era la entrada del túnel..... Y cuando el tren se hundió allí, ¡oh! ¡cómo retumbaba bajo aquella bóveda! Tú ya sabes, esos ruidos de hierro removido, semejantes á una descarga de martillazos sobre el yunque; á mí,

en aquel momento de loco terror, se me figuraban truenos.

Severina tiritaba, se interrumpió para decir con voz alterada, casi risueña:

—¿Pero no te parece, querido, que es tonto sentir aún aquel frío de espanto en los huesos? Sin embargo, estoy bien calentita aquí, contigo, ¡y tan contenta!.... Y además, has de saber que nada tenemos ya que temer: ha habido sobreesimiento, pues los mandones del gobierno tienen todavía menos ganas que nosotros de que salga esa ropa sucia á la colada.... En seguida me lo calé, y estoy tranquila.

Y añadió riendo, muy alegre:

—¡Tú sí que puedes decir que nos has dado un zurro!.... Hombre, y dime, pues varias veces se me ha ocurrido pensarlo: la verdad, ¿qué viste?

—Pues lo que dije en casa del juez; nada más: un hombre que degollaba á otro hombre.... Estábais tan azarados conmigo, que acabé por sospechar la verdad. Es más, hasta recordé las facciones de tu marido.... Pero sólo más tarde fué cuando me convencí del todo....

Ella le interrumpió alegremente.

—¡Ah, ya! en el jardín, el día en que te dije que no, ¿recuerdas? la primera vez que hemos estado juntos y solos en París.... ¡Cosa más singular! Te decía que no éramos nosotros y sabía muy bien que creías lo contrario. ¿Verdad que era como si te lo hubiese contado todo?.... ¡Oh! querido mío, muchas veces he recordado eso, y

mira, se me figura que desde aquel día es cuando te amo.

Se estrecharon bruscamente, fué una presión en que parecían derretirse. Y ella repuso:

—Bajo el túnel el tren corría.... Es muy largo.... Queda uno tres minutos allí metido. A mí se me figuró una hora.... El presidente ya no hablaba, pues no se oía nada con aquel ruido de hierro. Y mi marido, en aquel momento supremo, desfalleció sin duda, pues continuaba inmóvil. Unicamente veía yo, bajo la trémula claridad de la lámpara, sus orejas ponerse violadas.... ¿Iba á esperar á que llegásemos al campo raso? La cosa era ya para mí tan fácil, tan inevitable, que no tenía más que un deseo: no sufrir tal ansiedad, quitarme aquella pesadilla. ¿Por qué no le mataba, puesto que era preciso? De buena gana hubiera yo cogido la navaja para acabar de una vez, tan exasperada estaba por el miedo y el sufrimiento.... Me miró. Estos pensamientos se traslucían, sin duda, en mi semblante. Y de repente se echó encima y cogió por los hombros al presidente, que estaba vuelto hacia la portezuela. Este, espantado, se desasíó con una sacudida instintiva y alargó el brazo para tocar el timbre de alarma, que estaba encima de su cabeza. Lo tocó, pero el otro le cogió de nuevo, tirándole sobre el asiento con tal fuerza, que quedó doblado en dos. Su boca, abierta por el estupor, y el espanto soltaba gritos confusos, ahogados en el ruido, pero yo oía distintamente á mi marido repetir la palabra: ¡Co-

chino! ¡cochino! ¡cochino! con voz silbante que se enfurecía. Pero cesó el ruido, el tren salía del túnel, reapareció el campo bañado en luz pálida, con el galope de árboles negros..... Yo me había quedado en mi rincón, rígida, pegada contra el paño del respaldo, lo más lejos posible. ¿Cuánto duró la lucha? algunos segundos apenas. Y me parecía que no acababa, que todos los viajeros escuchaban ya los gritos, y que los árboles nos veían. Mi marido, con la navaja abierta en la mano, no podía asestar el golpe, rechazado á puntapiés, tambaleándose sobre el piso traqueado del coche. Estuvo á punto de caerse de rodillas, y el tren corría, arrastrándonos á todo vapor mientras la máquina silbaba, al acercarse al paso á nivel de la Croix-de-Maufras..... Entonces fué cuando, sin que haya podido luego recordar cómo sucedió, me eché sobre las piernas del hombre que se defendía. Sí, me dejé caer como un paquete, aplastándole las piernas con todo mi peso, para que cesara de moverlas. Y no vi nada, pero todo lo sentí: el choque de la navaja en la garganta, la larga sacudida del cuerpo, la muerte que vino en tres golpes de hipo, con un ruido como de ruedas de reloj que se rompe..... ¡Oh! ¡aquel estremecimiento de la agonía cuyo eco conservo aún en los miembros!

Santiago, ávido, quiso interrumpirla para preguntar. Pero ahora tenía ella prisa por acabar.

—No, espera..... Al levantarme, pasábamos á todo vapor delante de la Croix-de-Maufras. Vi distintamente cerrada la fachada de la casa y

después el puesto del guardabarrera. Todavía quedaban cuatro kilómetros, cinco minutos á lo sumo, antes de llegar á Barentín..... El cuerpo estaba doblado sobre el asiento, la sangre corría en un charco espeso, y mi marido, de pie, atontado, mecido por los vaivenes del tren, miraba, limpiando la navaja con el pañuelo. Aquello duró un minuto, sin que ni uno ni otro hiciésemos nada para ponernos en salvo..... Si conservábamos aquel cuerpo con nosotros, si nos quedábamos allí, quizás se descubriese todo en la parada de Barentín..... Pero ya había metido la navaja en el bolsillo y parecía despertar. Le ví registrar el cuerpo, coger el reloj, el dinero, cuanto encontraba; y abriendo la portezuela se dió prisa á empujarle sobre la vía, sin cogerle en brazos, por no mancharse de sangre. «¡Vamos, ayúdame! empuja conmigo.» Ni siquiera me moví, ya no sentía mis miembros. «¡Dios de Dios! ¡quieres empujar conmigo!» La cabeza, que había salido la primera, colgaba hasta el estribo, pero el tronco, hecho una bola, rehusaba pasar. Y el tren corría..... Por fin, cediendo á un empujón más fuerte, el cadáver volcó, desapareciendo en el ruido de las ruedas. «¡Ah, el cochino, ya las pagó!» Luego cogió la manta y la echó también. Sólo quedábamos nosotros dos, de pie, con el charco de sangre sobre el asiento, en el que no nos atrevíamos á sentarnos..... La portezuela seguía bamboleándose, abierta del todo, y al pronto no comprendí, anonadada, loca, cuando ví que mi marido bajaba desapareciendo á su vez.